

LEONARDO SCIASCIA. *La strega e il capitano*. Milano, Bompiani, 1986. 88 p. 21,5 x 15,5 cm.

Con este libro Leonardo Sciascia ha rendido un homenaje silencioso pero congenial, el más cabal que Manzoni recibiera en el segundo centenario de su nacimiento. La conclusión, oportuna, es de Barberi Squarotti quien asigna a la obra el valor preciso en el panorama de la reciente narrativa italiana. En efecto, *La strega e il capitano* encabeza el índice de obras más leídas: Sciascia es un punto de referencia y el público dedica a cada libro suyo la atención que merece.

Manzoni recuerda al pasar el caso de Caterina Medici. Es el capítulo XXXI de *I promessi sposi*: el protomédico Lodovico Settala, uno de los más activos perseguidores de brujas del Seiscientos, hizo torturar, atenacear y quemar a una pobre infeliz considerada responsable de los misteriosos dolores que atormentaban a su amo. Sciascia retoma la mención, recupera la documentación del proceso y escribe un relato fascinante en apenas tres semanas. Es que preocupado por denunciar los males italianos, encuentra en la historia de Caterina uno de esos procesos actuales aparentemente justos. La analogía cobra cuerpo mediante una narración terrible de violencia y crueldad.

El hechizado es Luigi Melzi, jurisconsulto, conde palatino, uno de los siete consejeros del Estado de Milán hacia 1582. Sesentón, desde hace dos meses sufre extraños dolores de estómago que los médicos citados a consulta no saben explicar. Si la medicina es impotente para curar, quiere decir que el mal tiene un origen "sobrenatural". La sospecha se vuelve certeza. La prueba la aporta el capitán Vacallo, un amante contrariado que, para desgracia de la "pobre, infeliz, desventurada Caterina", se aloja en casa Melzi. El capitán declara conocer a la mujer como una hechicera notoria. En realidad, Vacallo había quedado hechizado, sí, por la juventud y belleza de la muchacha que lo había enfrentado con el dilema de un matrimonio "deshonroso" dada la desigualdad social. Ver a Caterina y relacionar el "maleficio" sentimental con la enfermedad del senador Melzi es casi "lógico". Resulta cómodo para todos: para el protomédico y el amante, el senador y su familia, los canónigos y la opinión pública, incluso para la víctima. Todos sin distinción de castas ni cultura ni sentido común creen en brujerías; todos necesitan coartadas para la hipocresía, los prejuicios y las culpas inconfesables.

Se pone en movimiento un mecanismo perverso. Interrogatorio en casa Melzi, Caterina no se desmiente, un poco porque, en su ignorancia, se cree una bruja en serio y otro poco, con la ilusión de evitar males peores. Confiesa que ha preparado hechizos para atraer al senador. Sufrir los exorcismos de un eclesiástico experto, los médicos confirman "el diabólico obstáculo". Caterina es entregada a la justicia. Comienza el proceso: en un embrollo de verdad y fantasías, Caterina repite su historia de pobre mujer malcasada, de criada en muchas casas, de infortunada requerida y abandonada por muchos hombres. Autoacusación, denuncia de cómplices para evitar las torturas que deberían dar fuerza de credibilidad a su confesión. "Pero el Senado y la Curia no buscan la verdad, querían crear un monstruo con el más alto grado de consustanciación diabólica". A pesar de Caterina es suficiente, quizás demasiado; los jueces quedan convencidos y piden un castigo ejemplar. Atenaceada, estrangulada, Caterina termina en la hoguera el 4 de marzo de 1617.

Más allá de denunciar la injusticia, la intolerancia, la sinrazón, ¿qué se propone Sciascia? Con un episodio verdadero, una de esas explosiones de fanatismo e ignorancia, el escritor siciliano nos dice que todavía hoy se procesan brujas. El caso de Caterina refuerza su convicción sobre los abusos del poder, su manipulación y sus miserias; sobre la justicia injusta, incapaz porque está intrínsecamente viciada. Porque esta pobre mujer que se dirige al diablo "en sus momentos de cansancio o desesperación" resulta una víctima del sistema. Y si Manzoni apelaba a la definitiva y perfecta justicia divina para explicarse las situaciones complicadas de la historia, Sciascia piensa que no hay otra cosa que la literatura. Escribir para mostrar y denunciar con una obra convincente los males de la historia; una obra como *La strega e il capitano* que es motivo de placer y de reflexión.

Gloria Galli de Ortega